

M A Y O 2 0 2 5

La Piel que Habito

CONCURSO LITERARIO
LATINOAMERICANO
DE CUENTO CORTO
Y POESÍA

RADLA



REUNIÓN
ANUAL DE
DERMATÓLOGOS
LATINOAMERICANOS
PUNTA DEL ESTE 2025

La piel que habito

La piel que habito

Concurso Literario Latinoamericano
de Cuento Corto y Poesía



RADLA

XLII REUNIÓN ANUAL
DE DERMATÓLOGOS
LATINOAMERICANOS
PUNTA DEL ESTE 2025

Concurso Literario Latinoamericano de Cuento Corto y Poesía *La piel que habito*
XLII Reunión Anual de Dermatólogos Latinoamericanos (RADLA)
Punta del Este, 2025

Coordinador general: Dr. Pablo Pera Pirotto

Jurados del Concurso:

Cuento corto: Carlos María Domínguez

Poesía: Rosario Peyrou

Producción editorial: Ediciones Journal

www.edicionesjournal.com

info@journal.com.ar

Prólogo

La medicina y el arte, lejos de ser mundos ajenos, comparten un territorio común: el de la sensibilidad humana. Un diagnóstico acertado y un verso bien escrito pueden conmover de la misma manera, pues ambos buscan entender la vida en su complejidad y profundidad. En este libro, que reúne los cuentos y poemas del concurso La piel en la que habito, celebrado en el marco de RADLA Punta del Este 2025, los dermatólogos latinoamericanos nos demuestran que, además de observar la piel con mirada científica, también pueden retratarla con el alma.

La piel, ese límite entre el mundo y nosotros, se convierte en un lienzo donde se inscriben historias de identidad, vulnerabilidad, memoria y transformación. Aquí, cada texto es un reflejo de la experiencia humana desde la perspectiva de quienes, día a día, ven en la piel algo más que un órgano: un testimonio de vida.

Este certamen, llevado a cabo de manera anónima para garantizar una evaluación basada en la calidad literaria, nos ha permitido descubrir voces profundas, relatos conmovedores y poemas que invitan a la introspección. Agradecemos a los distinguidos jurados, la Lic. Rosario Peyrou y Carlos María Domínguez, por su compromiso en la selección de las obras que hoy presentamos. También reconocemos la labor del Dr. Pablo Pera y la Dra. Anabella Bazzano, cuyo entusiasmo y dedicación hicieron posible este encuentro entre la dermatología y la literatura.

Nos llena de alegría que este espacio haya permitido a tantos colegas compartir su talento y sensibilidad. Creemos que la medicina, además de sanar el cuerpo, puede nutrirse del arte para enriquecer el espíritu. Esperamos que estas páginas sean un reflejo de ese encuentro entre la ciencia y la creatividad, en sintonía con el lema que nos inspira: Ciencia, bienestar y calidez.

Dra. Alejandra Larre Borges
Presidenta de RADLA 2025

Montevideo, 12 de febrero de 2025

**Fallos del Concurso Literario
Latinoamericano
de Cuento Corto y Poesía
*La piel que habito***

Narrativa

Considerados los 17 relatos del concurso, en mi condición de Jurado resuelvo otorgar un Primer Premio al cuento “El mercado de las pieles” (versión alterna), seudónimo Pirayno, por el atractivo de una historia alojada en las tradiciones populares del continente; el Segundo Premio corresponde a “El vestido”, de Irene Bertuar, por la apertura hacia una zona imprevisible de los miedos contemporáneos y, finalmente, destaco con una Mención a “¿Y si no me gusta la piel que habito?” firmado con el seudónimo JaqDanil, por el sereno retrato de una paradoja que trasciende la práctica clínica.

Además de los relatos premiados, selecciono para integrar el volumen los siguientes textos: “Camino desconocido”, “Tres soles”, “Habito en mí, un cuento de una vida vivida”, “La piel que hábito me abraza y me condena”, “La cajita de moño naranja”, “Ña Coti ñepia’â ha ta’arõ. Una huella de amor, educación y profesionalismo” y “La piel que habito”.

Carlos María Domínguez

Poesía

En mi calidad de Jurado de Poesía, selecciono, teniendo en cuenta sus diferentes calidades poéticas, los siguientes diez poemas para integrar el libro a ser publicado:

“Piel morena, eterna”, seudónimo Jacke Mut

“La piel que habito”, seudónimo Madreselva

“Siento nostalgia de mí”, seudónimo Lola Vargas

“Habito en mí, ya sé lo que fui”, seudónimo Lola Vargas

“Ciclos”, seudónimo Epsilon

“Texturas”, seudónimo Orion Skye

“La piel que habito, seudónimo F.P. KoBAN

“Acostumbrarme a ti”, seudónimo ARK

“Cuenta la historia”, seudónimo Madreselva

“El trascender del lienzo”, seudónimo Ana Alicia

Rosario Peyrou

Contenido

Cuentos

La piel que habito - El mercado de las pieles.....	3
Jesús Iván Martínez Ortega (México)	
El vestido	7
Irene Araya Bertucci (Chile)	
¿Y si no me gusta la piel que habito?	10
Mónica Jaqueline León Pacari – Sergio Danilo Marín Mogro (Bolivia)	
Camino desconocido	13
Viviana Zemelman Decarli (Chile)	
Tres soles.....	15
Irene Araya Bertucci (Chile)	
Habito en mí: un cuento de una vida vivida	20
Carla Sodre de Carvalho (Brasil)	
La piel que habito me abraza y me condena	22
Esther Verónica Echeverry Rodríguez (Colombia)	
La cajita de moño naranja.....	27
Victoria Rivelli (Paraguay)	
Ña coti ñepia'â ha ta'arõ. Una huella de amor, educación y profesionalismo	29
Teresita Penayo (Paraguay)	
La piel que habito	32
María de Lourdes Acevedo Demarúa (Uruguay, residiendo en Chile)	

Poemas

Piel morena, eterna como la tierra	37
Jacqueline Edith Mut Quej (México)	
La piel que habito	39
Victoria Rivelli (Paraguay)	
Siento nostalgia de mí.....	41
Carla Sodre de Carvalho (Brasil)	
Habito en mí	42
Carla Sodre de Carvalho (Brasil)	
Ciclos.....	44
Pablo Pera Pirotto (Uruguay)	
Texturas.....	45
Marisa Ruth Themtham (Argentina)	
La piel que habito	46
Anabella Bazzano Korytnicki (Uruguay)	
Acostumbrarme a ti.....	49
Mariana Estefanía García Borges (México)	
Cuenta la historia.....	50
Victoria Rivelli (Paraguay)	
El trascender del lienzo	52
Catalina Barros Aguilar (Chile)	

Cuentos



La piel que habito - El mercado de las pieles

Jesús Iván Martínez Ortega (México)

En un rincón vibrante del mundo de los muertos, justo donde las almas esperaban su turno para cruzar al mundo de los vivos, se encontraba el legendario Mercado de las Pieles. Era un lugar bullicioso y colorido, con arcos de flores de cempasúchil que llenaban el aire de su fragancia cítrica. Las almas, en su forma de calacas desnudas, deambulaban entre los puestos, sujetando con fuerza sus pesos hueso, las monedas que les permitían adquirir la piel con la que caminarían entre los vivos.

Las reglas eran claras: cada alma tenía treinta días para encontrar su piel. Si no la elegían en ese tiempo, se les asignaría una al azar. La piel era la carta de presentación ante los demás, la envoltura que los protegería y definiría su identidad externa. Algunas almas la tomaban a la ligera, disfrutando del ambiente festivo del mercado, mientras otras, como Garbancera, vivían obsesionadas con encontrar la piel “perfecta”.

Garbancera era una calaca diferente. A diferencia de sus compañeras, que se maravillaban con las pieles que reflejaban sus raíces —pieles de tonos cobrizos, con texturas que recordaban las montañas y los campos de maíz—, ella despreciaba lo que veía como “común”. No quería mezclarse con las demás almas destinadas a Ciudad de México, una tierra que aún guardaba la herencia de los mexicas y las culturas indígenas. Garbancera ansiaba destacar, sobresalir como una figura deslumbrante entre las masas.

—¿Piel morena? Ni pensarlo, —murmuró, recorriendo el mercado con la nariz alzada, sin importarle que otras

calacas la escucharan. Sabía exactamente lo que quería: una piel europea, blanca como la leche, suave como la seda, de esas que veía en las almas destinadas a lugares lejanos y aristocráticos.

En un puesto cercano, un ruiseñor calaca cantaba, mostrando una piel dorada sobre el lomo de un xoloitzcuintle modelo. Era la piel de sus sueños: luminosa, con cabellos dorados que caían como cascadas de luz. Sin pensarlo dos veces, Garbancera vació su bolsa de pesos hueso.

—Tómelos todos. Es justo lo que busco. —El vendedor, una calaca de dientes amarillos y sonrisa astuta, recogió las monedas con rapidez, dejando caer la piel en manos de Garbancera.

Cuando se colocó la piel, Garbancera sintió que el mundo cambiaba a su alrededor. Sus movimientos eran más elegantes, su postura más altiva. Caminó por el mercado con una gracia que no había tenido antes, y al hablar, su tono era más refinado, como si su piel le hubiese conferido un poder desconocido. Las otras almas la miraban con sorpresa y envidia, pero Garbancera estaba demasiado ocupada admirándose en los reflejos de los charcos cristalinos para notarlo.

Sin embargo, mientras presumía su nueva piel, un joven calaca, con un aire de humildad, se le acercó.

—Qué hermosa piel, señorita, —dijo con una reverencia.

—¿Puedo verla más de cerca?

Halagada, Garbancera accedió. Pero en cuanto se quitó la piel para mostrársela, el joven desapareció en un destello de luz. Solo quedó el eco de una risa burlona y la piel se desvaneció con él.

Garbancera quedó inmóvil, con sus huesos temblando de indignación. Alrededor, las demás calacas la observaban con una mezcla de lástima y burla. Su preciada piel europea, el símbolo de su aparente superioridad, había desaparecido en un instante.

—¡Cómo me pudo pasar esto a mí!, —gritó, mientras las lágrimas —si es que las calacas podían llorar— se le escurrían entre las cuencas vacías.

Sin su piel, Garbancera volvió a ser una calaca más, desnuda e igual que todas las demás. Humillada, se apartó de la multitud y se sentó al pie de un altar adornado con flores de cempasúchil. Ahí, un viejo calaca, de mirada sabia y porte sereno, la observaba en silencio.

—¿Por qué lloras, niña? —preguntó, con una voz cálida que contrastaba con su apariencia huesuda.

—Perdí mi piel, la más hermosa del mercado, —respondió Garbancera, con un tono amargo. —Ahora seguramente me asignarán una piel morena, como a todas las demás.

El viejo calaca la miró con paciencia.

—¿Y por qué te preocupa tanto eso?

—Porque... porque no quiero ser como ellas, —respondió, señalando a las demás almas. —Quiero destacar, ser especial, y esa piel era mi oportunidad.

El viejo suspiró profundamente y se inclinó hacia ella.

—Déjame contarte algo, niña. Hace siglos, en este mismo mercado, yo también elegí mi piel. No era de las más caras ni de las más llamativas, pero era mía, y aprendí a amarla con el tiempo. Cuando crucé al mundo de los vivos, descubrí que no era la piel la que me hacía especial, sino lo que llevaba dentro.

Garbancera lo miró con escepticismo, pero no dijo nada.

—¿Sabes? —continuó el viejo—. Este mercado no es solo un lugar para comprar pieles. Es un espejo de lo que seremos y de las lecciones que debemos aprender. Quizás perder esa piel fue lo mejor que te pudo pasar.

Garbancera no respondió, pero las palabras del viejo quedaron resonando en su mente. Mientras el mercado se llenaba de murmullos y risas, comenzó a observar a las demás calacas. Algunas reían y bailaban con sus nuevas pieles; otras,

indecisas, se probaban diferentes opciones, pero ninguna parecía tan angustiada como ella lo había estado.

Pasaron los días, y el plazo de treinta días estaba por terminar. Garbancera, resignada, comenzó a aceptar la idea de que le asignarían una piel al azar. Había perdido sus monedas y no tenía más opciones, pero algo había cambiado dentro de ella.

En el último día, mientras paseaba por el mercado, una vendedora calaca la llamó desde un rincón.

—Tú, niña. Ven aquí.

Garbancera se acercó con curiosidad. La vendedora tenía un pequeño puesto, casi oculto entre los grandes, y mostraba una única piel: morena, con matices cálidos y una textura suave, como si estuviera hecha de luz de sol y tierra fértil.

—No tengo monedas, —dijo Garbancera, sintiéndose derrotada.

La vendedora sonrió.

—No te preocupes. Esta piel no necesita pesos hueso. Necesita un alma que aprenda a verla como realmente es.

Dudó por un momento, pero finalmente aceptó. Cuando se colocó la piel, algo cambió en su interior. No era la piel lo que importaba, sino lo que representaba: raíces profundas, fuerza y la conexión con un mundo que no había querido aceptar antes.

Cruzó al mundo de los vivos con su nueva piel y descubrió que era más hermosa de lo que jamás había imaginado. Allí, aprendió que la belleza no estaba en la piel que habitaba, sino en el alma que la iluminaba.

Y así, Garbancera dejó de ser la calaca altiva y vanidosa para convertirse en un símbolo de orgullo y aceptación, recordando siempre que el verdadero poder no estaba en cómo te ven los demás, sino en cómo decides verte a ti misma.



El vestido

Irene Araya Bertucci (Chile)

Sofía terminó de dar las últimas puntadas a la basta del vestido, que su hija usaría para la graduación de la enseñanza básica en la escuelita rural y se reservó un tiempo para admirar satisfecha su obra. El vestido era de seda blanco invierno, con un canesú en el que destacaba un bordado de flores, hecho a mano con perlas blancas y una doble falda plisada de gasa, que caería lánguida y elegante sobre el cuerpo de la adolescente. Ni siquiera en la mejor boutique de la ciudad se podía encontrar un vestido así. Cada detalle había sido cuidado con esmero por la costurera, quién era muy valorada en su entorno por la prolijidad con que trabajaba todo tipo de telas. Tenía clientas de años, las que eran capaces de recorrer kilómetros, con tal de que ella les confeccionará sus prendas. El pueblo estaba ubicado en el sur de Chile y la casa de Sofía distaba unos cinco km del pueblo; era una casa pequeña de dos habitaciones y la cocina a leña se ubicaba en la parte central (como suele ser en estas latitudes), a modo de dar calefacción a todo el sector y era el lugar donde se cocinaba, se comía y en general se desarrollaba toda la vida familiar. Su hija Amanda, solía llegar del colegio y después de tomar onces se dedicaba a sus deberes escolares en la misma mesa que se adaptada para cada cosa. Había sido una excelente estudiante y ya se preparaba para ingresar al liceo técnico de la ciudad más cercana, en donde quería estudiar animación audiovisual, una carrera que tenía prevista desde siempre. Sofía tenía sus ahorros en una libreta del banco destinados a pagar los estudios de la niña, pero le esperaban años de bastante sacrificio, ya que la ciudad estaba

a dos horas y media de su pueblo, distancia que le significaría un gasto importante en el traslado. Pero esta realidad era la de cientos de jóvenes que debían sacrificar su descanso para poder lograr sus objetivos en la vida.

Durante la velada, Amanda recibiría el premio a la mejor alumna, así es que ahora trabajaba en el discurso que los profesores le habían pedido. El tiempo pasó muy rápido para la madre y para la hija, al contrario, la lentitud de las horas le producía una cierta angustia por la expectación. Cuando llegó el día del evento, Amanda salió del hogar vistiendo como una princesa. El vestido en lugar de opacarla realzaba su natural porte, además iba con un moño alto, coronado por pequeñas y primorosas rosas sacadas del jardín y calzaba zapatos de charol blanco. La madre, henchida de orgullo, la despidió con un beso. Iba a la casa de una compañera que vivía a un km y su padre las llevaría en auto a la escuela. A Sofía le daba pudor ir a reuniones y celebraciones en la escuela de su hija; se sentía poca cosa al lado de las otras madres y evitaba salir al pueblo, no vaya a ser que la gente—pensaba— la juzgara por su ropa sencilla, las manos callosas y el eterno olor a fritura con la que se impregnaba al cocinar. A pesar de los ruegos de Amanda, prefirió quedarse en casa a la espera de su hija. Ese día trabajó en su huerta para distraerse un poco, pero las horas pasaban y la niña no aparecía. Temerosa, porque ya la noche comenzaba a teñir de azul el cielo, se abrigó con un chal y partió a la casa vecina, donde le contaron que habían llegado hacia horas de la celebración y pensaban que Amanda ya estaba en ella. Con la angustia taladrando su pecho, salieron a buscarla por todo el perímetro. La luna redonda despuntaba en lo alto y alumbraba como un farol. Sofía alcanzó a divisar un objeto claro en el suelo y al acercarse y ver el vestido, su corazón comenzó a galopar. Estaba tirado sobre la hierba, descosido, maltrecho y manchado de humedad. Incluso se fijó en que las perlas del

canesú ahora yacían como una constelación de pequeños puntos brillantes alrededor del traje, arrancados de cuajo de su sitio original. Fue tanta la impresión, que sintió un repentino mareo y no supo más.

Al despertar en el diván de la cocina, donde a veces se tendía a descansar la espalda después de horas de trabajo traqueteando en la máquina de coser, vio que su pequeña hija le sonreía mientras tomaba su mano diciendo que todo había sido un error, que ella se había quitado el vestido para nadar en el tranque aledaño a la casa de los vecinos. En todo caso era una versión mejor, que aquella en la cual el cuerpo de la niña era encontrado violentado y oculto al abrigo de la oscuridad.



¿Y si no me gusta la piel que habito?

Mónica Jacqueline León Pacari – Sergio Danilo Marín Mogro (Bolivia)

El doctor Danilo Sánchez había dedicado su vida al estudio de la biología celular y la longevidad. Su laboratorio, aislado entre las montañas, era un santuario de descubrimientos y secretos. Había comenzado su carrera como un joven idealista, con la esperanza de hallar un medicamento que detuviera el inexorable paso del tiempo. La juventud era, para él, el más grande de los tesoros humanos, y su misión era encontrar la forma de preservarla para siempre.

Durante años, Danilo experimentó con células madre, extractos de plantas exóticas y fórmulas de compuestos químicos. Sin embargo, siempre algo fallaba: aunque podía rejuvenecer la piel de sus sujetos de prueba, el cuerpo seguía envejeciendo. La piel, esa capa externa que reflejaba los efectos del paso del tiempo, parecía ser la clave. Pero ¿qué ocurría cuando la piel era rejuvenecida, pero el alma aún llevaba las huellas del tiempo?

Un día recibió la visita de una mujer llamada Mónica. Era una joven millonaria que había sufrido un accidente fatal, en el que perdió a sus familiares más cercanos, y ahora se encontraba sola en la vida. Mónica, ya una mujer adulta sin descendientes, con el cabello canoso y la piel arrugada, había escuchado rumores sobre el trabajo del doctor y decidió ponerlo a prueba, deseando preservar su juventud.

—¿Es posible que pueda recuperar mi juventud, doctor? —preguntó con voz temblorosa, pero cargada de esperanza.

Danilo la observó, analizando sus líneas de expresión, las manchas en su rostro, los signos evidentes de los años vividos.

Pensó en lo que había logrado hasta ese momento, en las veces que había logrado devolver a sus sujetos una piel

suave, sin arrugas. Pero algo dentro de él se agitó: ¿Qué pasaría si lograba más que eso? ¿Si no solo pudiera rejuvenecer la piel, sino el ser mismo?

A regañadientes, aceptó el desafío. Comenzó a aplicar su medicamento en Mónica, primero de manera cautelosa. Pronto, la piel de la mujer comenzó a cambiar. Sus arrugas desaparecieron, su rostro se suavizó y la piel recobró la frescura de sus años más jóvenes. Los días pasaron y Mónica se veía cada vez más radiante, como si el tiempo hubiera retrocedido por completo.

Pero algo extraño ocurrió. A pesar de que su piel resplandecía con el brillo de la juventud, Mónica comenzó a sentirse vacía. Las conversaciones con las personas que conocía se volvieron ajenas; las experiencias ya no la emocionaban. Se dio cuenta de que, por mucho que su rostro y cuerpo estuvieran rejuvenecidos, su alma seguía cargada con el peso de los años, las pérdidas y los recuerdos que el tiempo no podía borrar. Aunque su piel era suave y lozana, su mirada seguía reflejando una profunda tristeza. Sentía que perdía más tiempo en la vanidad y en el afán de mantenerse joven, perdiendo pretendientes, amistades, trabajo y algunos familiares que aún le quedaban.

Un día, frente al espejo, Mónica se dio cuenta de algo aún más perturbador: su piel, al igual que la juventud, parecía ser solo una máscara. La vitalidad que sentía al principio de la transformación pronto se desvaneció, como si la esencia de la vejez hubiera quedado atrapada bajo la superficie.

—No se puede engañar al tiempo —pensó—. La piel puede rejuvenecer, pero el alma no puede ocultar lo vivido.

El doctor Danilo, al observar la transformación de Mónica y su impacto psicológico, comenzó a preguntarse si había

cometido un error al buscar la fórmula perfecta. Había intentado detener el paso del tiempo, pero sin entender que la verdadera belleza y sabiduría de la vida se encuentran en aceptar tanto la juventud como la vejez. La piel podía ser reparada, pero el corazón y la memoria eran irreversibles.

Finalmente, Mónica se enfrentó a su reflejo una última vez y, al ver su rostro joven pero distante, comprendió que la belleza verdadera no reside en la piel que cubre el cuerpo, sino en lo que somos, independientemente de los años que tengamos. Con esa revelación, decidió dejar atrás el medicamento del doctor Danilo, buscando paz en el paso natural de la vida.



Camino desconocido

Viviana Zemelman Decarli (Chile)

Deambulaba por tierras ajenas. No supo si estaba cerca o lejos. Solo vio árboles alrededor. Reconoció el túnel hacia el más allá. Al final de ese extraño pasadizo, quiso vislumbrar el resplandor que todos deseaban ver. En cambio, observó penumbra y tinieblas. Sentía voces que la llamaban, no pudo saber de dónde venían. Trató de volver y buscar los pensamientos perdidos. Intentó buscar a los suyos, a sus seres de ternura. Quiso huir y abandonar ese camino. Aún captaba las voces. No pudo saber si la alentaban a continuar o que le rogaban regresar. Sintió la angustia de verse perdida.

Los ruidos se escucharon muy cerca. Agudizó su conciencia. Percibió sollozos y lamentos. Empezó a ver sombras de personas alrededor de ella. Las hojas de los árboles caían por doquier. No la dejaban ver el más allá. Escuchó una música celestial. Ya no había oscuridad, luces de todos los colores se percibían. Flotaba en el aire junto a miles de hojas de distintos tonos otoñales. Experimentaba una sensación de calma y tranquilidad absolutas. Se sentía en paz. Ya no quería retornar. Entre destellos, vio la imagen de su madre y la de su abuela que le pedían volver. Habían fallecido años atrás. Las veía jóvenes y lindas. Le rogaban que regresara, pero ella no quería. Una corriente extraña atravesó su cuerpo. Experimentó temblores.

Desde arriba, vio a su cuerpo en una camilla rodeado de personas con delantales blancos. Estaba conectada a muchas máquinas. Su piel lucía roja. En un momento sintió que estaba desnuda frente al mundo. Era mejor no verse, se sentía como

un monstruo. La capa que cubría su cuerpo se desprendía a pedazos, las heridas quedaban al aire, enrojecidas. Sintió que en algún momento vería sus huesos. No quería llegar a ese momento. Quiso morir.

Apenas veía su cara que tenía una mascarilla cubriéndola por completo. Entubada. Seis personas hacían un esfuerzo sobrehumano por salvarle la vida. Experimentó una profunda pena por ellos. Los percibía a través de un cristal borroso. Podía sentir su desesperación. Los escuchaba. Su nerviosismo era evidente frente a la situación. Retomó la autoridad de su conciencia y quiso vivir.

Sintió un golpecito en su mejilla. Estaba en su cuerpo nuevamente. No sentía nada. La piel ya no estaba, ¿se la habían quitado? O simplemente no la sentía. No se podía mover con tanto cable. Todavía mareada, abrió los ojos. Reconoció al doctor a cargo del equipo médico. A través de su mascarilla, ella visualizó una gran sonrisa en sus ojos y unas pequeñas lágrimas de emoción que corrían por su rostro.



Tres soles

Irene Araya Bertucci (Chile)

Mi último vuelo debía ser especial. Así se lo había mencionado a Steve, mi compañero de años desde el Instituto, pero éste me había mirado con esa manera tan típica suya, poniendo su rostro de costado y con un brillo de suspicacia en los ojos. Siempre me había parecido que se asemejaba a un ave, con su nariz ganchuda, el pelo corto pegado al cuero cabelludo, como espinas. Sus brazos y piernas eran alargados, los que agitaba en ocasiones cuando estaba ansioso. No parecía un águila o un halcón, eso sí, sino más bien un velociraptor, tal vez, por lo voraz.

Partimos temprano esa mañana, aunque el tiempo hoy en día es bastante relativo, más bien era un temprano, en la hora de hacer cualquier otra cosa. Al partir, me pareció que la nave era más pequeña que la última vez, con tantos controles brillantes que cualquier experto en videojuegos podría manejar sin cuidado. Después del primer periodo de vuelo entramos en la atmósfera de un planeta nuevo. Parecía un aterrizaje sencillo, ya que de lejos se notaba una superficie lisa, pero los instrumentos no nos advirtieron a tiempo y nos dimos un buen bandazo al posarnos, tanto así que los brazos de Steve se agitaron como si estuviera a punto de alzar el vuelo, lo que le daba un aspecto aún mayor de pájaro, si es que eso era posible. Pero la nave resistió y al aterrizar dije a mi compañero que saldría a inspeccionar el entorno, como me gustaba hacer, protegido adecuadamente con el traje que me cubría de pies a cabeza. Abrí las compuertas y bajé. Afuera era templado y en el cielo color lavanda brillaban tres soles dispuestos en forma triangular. Nos habíamos posado en una planicie, pero todo el entorno estaba cubierto de vegetación, aunque el verde no era el

predominante como en la tierra. Ahora que lo pienso, no había nada verde en ese lugar. Se alzaban eso sí, árboles con troncos oscuros y follajes plateados; algunos caían como enredaderas y había que apartarlos del camino, pero eran tan suaves y delicados que se fragmentaban con facilidad, como cuando el papel se quema y al tomarlo se desintegra en tus manos. El suelo no se notaba a primera vista en su composición porque era un material gaseoso, que se desprendía adhiriéndose a las botas y luego de pasar por el lugar, volvía a decantar. También era de un color malva, como si el cielo se reflejará en la tierra y al mirarlo con aún más detalle, bajo ese manto gaseoso se podían observar miles de pequeños capilares de paredes plateadas, por donde discurría un fluido color purpúrico, como vasos sanguíneos que alimentaban a toda la estructura viva que conformaba la superficie de este singular planeta. Anduve solo algunos metros y me apresuré en volver a la nave para contar a Steve de mi aventura; además me interesaba el reporte que podría ya tener preparado, de las condiciones generales de este mundo. Le relaté todas mis impresiones y decidió unilateralmente que él también tenía que observar todo el perímetro por sus propios ojos. Terco como era, no me quedó más remedio que aceptar. A diferencia de la primera vez, solo brillaba un sol en lo alto y el cielo era tornasolado. A poco andar comenzó a caer una suave lluvia en gotas transparentes que, al contactar con los objetos, se fragmentaba y liberaba un polvillo dorado que iba tiñendo las superficies impregnándolo todo. El baño de oro daba otro aspecto al paisaje que emergía mágico y majestuoso a nuestros ojos. Steve estaba eufórico y no daba crédito a lo que veía; como un niño, celebraba cada hallazgo hurgando compulsivamente entre la vegetación como buscando algún objeto perdido. De pronto, el único sol comenzó a apagarse y un suave crepúsculo fue oscureciendo el cielo hasta quedar sombrío, lo que hacía resaltar aún más las superficies

espolvoreadas de oro. Le dije a Steve que regresáramos, pero no me hizo caso. Le aseguré que volvería con o sin él y me miró desafiante con sus ojos amarillos de pterodáctilo (¿o era velociraptor?), quedándose ahí parado. Volví a la nave que estaba a unos veinte metros y al llegar, después de esterilizar el traje, me quedé profundamente dormido. No supe cuánto tiempo estuve así. Me despertó un chillido sobrehumano que me puso los pelos de punta. Steve aún no había llegado, así es que sin pensarlo dos veces me calcé de nuevo el traje y salí en su búsqueda. Afuera había ya dos soles que iluminaban todo. Busqué afanosamente por toda la circunferencia de la nave, pero no encontré a mi amigo. Lo que sí pude observar fue un riachuelo con aguas color magenta que corría sobre rocas color hueso y en un recoveco entre la hierba encontré el traje de Steve. Estaba intacto y bien doblado. –Entonces aquí el aire es respirable– supuse, dado que de no haber sido así, habría encontrado el cuerpo de Steve asfixiado. No me quise aventurar a probar respirar sin el casco, así que por tercera vez regresé a la nave a ver si Steve en algún momento de cordura había regresado, pero a pesar de que volví al punto de partida, la nave no se veía por ningún sitio. Di vueltas y vueltas por el lugar y nada. No había nave y no se veía a Steve por ningún lado. Llegué a pensar que tal vez este había sido su plan desde el comienzo: esperar a que abandonara la nave para buscarlo y luego apropiarse de ella para dejarme abandonado a mi suerte. ¿Pero por qué lo haría? Hemos sido amigos toda la vida y ninguna circunstancia nos podía haber separado – Pero ¿qué se podía esperar de un reptil como él! – Traté de controlarme; las reservas de oxígeno eran bajas en el traje y no debía malgastarlas. De pronto sentí una punzada de hambre y me acordé de que no me había alimentado durante horas, así que activé los controles táctiles en mis guantes, qué permitieron que el alimento se desplazara desde los depósitos de la espalda hasta mi boca y pude paladear a mi

entero gusto el sabor dulce de la proteína envasada. Con la confianza adquirida gracias a la glucosa inundando mi torrente sanguíneo, continué la caminata por senderos idénticos hasta llegar a un precipicio justo cuando el primer sol comenzaba a extinguirse. La altura del precipicio era de al menos unos cien metros y al mirar hacia abajo pude ver un tupido bosque entre los cuales emergía una explanada de unos 50 metros de perímetro, sobre la cual reposaba, como una paloma callejera, la nave en cuestión. ¿Cómo era esto posible? No recordaba haber subido ninguna cuesta para llegar hasta donde estaba y la única explicación plausible era que la nave había despegado y vuelto a posarse sobre el sitio en declive. Un absurdo total, ya que solo Steve o yo podíamos haberlo hecho. ¿Pero con qué fin mi colega había maniobrado el aparato? En eso estaba cuando el segundo sol se apagó de pronto y el cielo se opacó con tinieblas que como tenues velos comenzaron a teñir el cielo. Con la escasa luz que quedaba ajusté el visor del traje para acercar la imagen de la nave y al hacerlo pude ver a Steve, completamente desnudo, que rebuscaba algo de entre los arbustos. Grité innumerables veces, pero era imposible que me escuchara, dado lo hermético del traje y la distancia que nos separaba. Además, los sistemas de comunicación no estaban operativos desde que ingresamos a la estratósfera del planeta. Al final me dormí arrumado por el sonido de las luces de los árboles que se encendían y apagaban con un lenguaje propio. Me despertó la luz del primer sol, pero sentí que algo andaba mal. Estaba cansado y decaído, sentía la garganta seca y la lengua se pegaba a las paredes de la boca. Miré la reserva de oxígeno en el traje y me di cuenta de que se había acabado hacía horas, y sin pensarlo más, me saqué el casco para dar una bocanada de aire que insufló de vida mis pulmones. Además, el aire tibio golpeó mi rostro y pude percibir un tenue aroma a jazmín y algo ocre que no pude discernir. Como pude, me levanté y caminé al borde

del abismo, pero al mirar hacia la explanada vi que la nave había desaparecido dejando un espacio desierto entre la exuberancia del follaje. Grité hasta que mi voz se quebró. ¿A dónde se había ido ahora? ¿Por qué Steve me había abandonado a mi suerte? De esto último ya no cabía ninguna duda. Y lo más importante: ¿Qué haría ahora en un planeta desconocido, sin agua, cobijo o alimento? Me sumí en una desesperación tal, que sin querer resbalé y comencé a rodar cuesta abajo. En el descenso, sentía cómo las piedras se iban amoldando a mi cuerpo mientras caía hoy y al final, aterricé sobre mi brazo izquierdo, en donde sentí un dolor punzante que me aturdió por un segundo. Después de un rato me incorporé, pero sin fuerzas para caminar. El brazo me seguía punzando, pero no le presté importancia, dada mi situación crítica: sin fuerzas, sin insumos y sobre todo sin la posibilidad de volver a la nave. Después de un rato comencé a caer en un letargo progresivo del que probablemente ya no despertaría. Quién lo diría, después de todo esta sería mi última travesía –pensé.

Epílogo

En LA Times, un periódico local de la ciudad de Los Ángeles, California, se podía leer en un pequeño recuadro de la crónica roja: “El día de ayer la policía de LA recibió un mensaje del ciudadano Steven Parrish, un conocido adicto de la zona, denunciando la desaparición de su amigo, un tal Daniel O’Reilly. El individuo fue encontrado horas más tarde sin vida bajo los árboles de un parque cercano, sin daños atribuibles a terceros y con una jeringa aun colgando del brazo. El informe forense dictaminó muerte por sobredosis.



Habito en mí: un cuento de una vida vivida

Carla Sodre de Carvalho (Brasil)

Subí las escaleras ya lista para el trabajo. Me senté en la misma silla de siempre, con la misma pluma que he usado durante décadas. Miro en el espejo y veo mi rostro como si estuviera 30 años atrás. La bata blanca sigue blanca, los labios rojos como siempre, y mi piel color canela insiste en mantenerse teñida de juventud, aunque sé que ya no es la misma. El ordenador, esa innovación que los tiempos imponen, está listo para afrontar la jornada de un lunes perezoso.

Mi secretaria, mi compañera silenciosa durante tantos años (en realidad, la única, porque siempre he resistido los cambios), me acompaña en el ir y venir de personas que entran y salen de mi consultorio. Mis manos, ágiles pero ya surcadas por venas visibles, son testigos del paso del tiempo. No me di cuenta de cómo pasaron las primaveras, ni de las arrugas que se esconden en cada sonrisa de bienvenida. Estoy manchada por los años, como un libro antiguo cubierto por el moho del tiempo. Sin embargo, no me permití quedar olvidada en una estantería. Aunque mis uñas ya no estén pintadas como antes y mi cabello se haya tornado plateado, sigo adelante. Lo tiño, claro está, porque no tengo la madurez suficiente para enfrentarme en el espejo como una anciana.

Atiendo con gafas, y a veces con lupa, y aún me siento para operar. Encuentro en los niños las risas que provocan mis bromas, y en los ancianos, una solidaridad creciente hacia quienes me buscan. Ya no me intimidan los diagnósticos sombríos y acaricio las manos de quienes necesitan más apoyo del que ellos mismos se dan.

Al final del día, me quito la bata y camino hasta casa, aunque el coche sea una tentación. Mis piernas se fatigan por los tacones altos, y mis mejillas enrojecen por el sudor. Mi piel, fiel al tono canela que siempre ha tenido, me recuerda el tiempo en el que vivo, aunque ya no me exponga al sol. Un baño rápido y tibio es siempre un alivio, y aunque me pica un poco la piel, me obligo a usar crema para calmarla.

Frente al espejo, me miro y reconozco a la mujer que soy. Habito una piel que ha recorrido el mundo, pero que insiste en vivir en su refugio. Mis ojos cansados de jornadas de ocho horas aún encuentran tiempo para estudiar, aunque los hijos y los perros reclamen mi presencia. Hoy, preparo la cena y me siento a la mesa, esperando con ansias una gran comida, aunque no lo sea. Mis hijos, con sus caminos solitarios y egoístas, están partiendo, y los perros ladran en medio de mi café nocturno.

Peinándome frente al espejo, me reconozco de nuevo. Cada noche es un nuevo comienzo que me llena de felicidad. Habito mi piel, imperfecta y sin compromisos dermatológicos, y acepto las marcas del tiempo. Me voy a dormir abrazándome a mí misma, en el calor del verano, mientras mis vellos se erizan con el frío de las sábanas enfriadas por el aire acondicionado. Cambio de posición hasta anidarme en esa postura cuidadosamente perfeccionada con los años. Suelto mi cabello, dejo de rascarme y me despido de mí misma. Hago mis oraciones con la esperanza de cumplir un día más con la gloria de un sueño justo.

Habito en mí: mi cuerpo-casa, mi fortaleza frágil e inquieta. Mañana será otro día con bata blanca y sonrisas de bienvenida para todos los que confían en mí. Habito el tiempo de la confianza y, al final, sonrío para mí misma. Así, sin más.



La piel que habito me abraza y me condena

Esther Verónica Echeverry Rodríguez (Colombia)

Me considero una mujer humilde, tranquila, de semblante gentil y manos trabajadoras; en mi edad madura, creo vivir en una hermosa ciudad llena de encanto. Durante los últimos seis meses, mi vida ha cambiado de manera inquietante. Todo comenzó con un extraño enrojecimiento en mis palmas, seguido de una fatiga que no disminuyó y una descamación persistente. “No debe ser algo grave”, pensé al principio, buscando remedios caseros y pomadas que poco calman el picor.

Afiliada al servicio de salud subsidiado de mi país, rápidamente me enfrenté a un sistema que no parecía entender mi urgencia. Los largos tiempos de espera para las citas médicas y las respuestas superficiales me hicieron sentir poco valiosa. “Solo es una piel seca, una dermatitis por contacto”, me decían los médicos de turno, prescribiendo cremas hidratantes y antihistamínicos que no lograban frenar el avance de mi enfermedad, y no disminuían los síntomas.

Con el tiempo, el enrojecimiento se expandió al resto de mi cuerpo, cubriéndome por completo. Mi piel parecía sucia y agrietada, como tierra seca del desierto. Tenía miedo hasta de caminar y hacer las cosas cotidianas porque todo me lastimaba, hasta la caricia más delicada. Mis uñas se desvanecieron y desfiguraron, y mi cabello se caía con facilidad. Sin embargo, en cada nueva visita con el médico de turno, simplemente repetían el diagnóstico inicial. Así que era eccema, solo piel seca, nada que mereciera mayor preocupación.

Pero dentro de mí sabía que algo andaba mal. El reflejo del espejo me mostró una piel ajena, su tono, su textura, muy

diferente a la que conocía, nada parecida a la que solía habitar. Mis dudas crecieron junto con el malestar físico, pero el sistema de salud que me cobijaba siempre parecía estar un paso atrás, atrapándome en una espera que solo alimentaba mi angustia y aumentaba el dolor.

Mientras luchaba diariamente entre el dolor físico y la impotencia de un diagnóstico incierto, comence a sentir que el problema era mucho más profundo que la simple piel seca. Lo único que faltaba era alguien que pudiera mirar más allá de la superficie y comprender lo que realmente estaba ocurriendo en la piel que ahora habitaba.

No tenía idea de cuánto cambiaría mi vida hasta que mi piel comenzó a hablar más claramente y en su propio idioma sobre lo que estaba pasando. Cada día era un cuadro de nuevos tonos y sensaciones que nadie podía comprender del todo. Una mezcla de rojo intenso, desiertos profundos, fuego y tempestad se extendía por cada centímetro de mi cuerpo. Pero no fue sólo el color. Sentí como si algo extraño me abrazara desde dentro. El abrazo fue tan fuerte, casi cruel.

Las noches fueron el mayor desafío. El sueño era difícil de alcanzar, atrapada en una prisión de picazón constante que arrancaba susurros de mi interior. Mis manos se convirtieron en herramientas inconscientes de dolor y tormento, buscando alivio en una guerra implacable con mi propia piel.

Es en ese momento y en un impulso desesperado sumado a los síntomas incesantes decidí asistir a urgencias. Caminaba por la calle y sentía algunas miradas, unas fugaces, otras profundas. “¿Qué le pasó?”, parecían decir. Pero, ¿cómo explicarles algo que no comprendía? Quería decir en voz alta que mi piel no solo se convirtió en un traje que no me quedaba bien, sino que a su vez era mi prisión, la que me servía como recordatorio diario de la fragilidad de mi existencia. Y para ese momento todavía no sabía lo que

significaba, porque era difícil incluso para la mayoría de los expertos identificarlo.

Me hospitalizaron en el antiguo hospital departamental de mi ciudad porque el enrojecimiento ya ocupaba más del 90% de mi cuerpo. Las pruebas comenzaron como una especie de tortura silenciosa. Era como si mi cuerpo hubiera sido reducido a muestras y exámenes médicos. Extracciones de sangre, múltiples imágenes y biopsias que cortaban pequeños fragmentos de mi piel ya herida, y preguntas constantes que parecían nunca tener respuestas.

La ansiedad y la incertidumbre eran un peso del que no podía escapar, una sombra que me seguía incluso en mis momentos más íntimos. “Tal vez esto sea temporal”, me dije mientras observaba en la sala de espera de urgencias a otros pacientes con sus propios dolores. Pero una voz distante dentro de mí susurró que esto era diferente, que lo que estaba experimentando era más que un simple malestar.

Los médicos hablaban en un idioma que al principio no entendía. Las largas y frías palabras eran demasiado técnicas y no dejaban lugar a la humanidad. Pero leí por sus miradas que era un caso difícil de manejar, por lo cual me dieron consultas por varias especialidades.

Todavía recuerdo el día en que la dermatóloga, sentada a mi lado, rompió la cadena de palabras frías. Su voz era cálida y sus ojos nunca dejaron de seguir los míos. Me veía como si ya me conociera, como si tuviera la respuesta solo con ver mi piel. Me explicó cuidadosamente lo que podría pasar y me habló de las opciones y de la gravedad de la situación. Aunque las palabras dolieron, fueron como un bálsamo en medio del sufrimiento. Por primera vez, sentí que alguien veía más allá de los síntomas y reconocía mi miedo.

Sin entrar demasiado en detalle confesó que temía que mis síntomas fueran la manifestación de algo más expresado por

mi piel, y que debían ser estudiados con detalle dado que conoce casos cercanos con un desenlace desalentador. En ese momento su mirada se tornaba esquiva con aire de fatalidad. Pero faltaban exámenes para comprobarlo, por lo cual no me confirmaba el diagnóstico. Su interés genuino y explicación cuidadosa alivió mi ansiedad mientras esperaba los resultados de las innumerables pruebas. Cuando llegaran los resultados de las biopsias de piel y el estudio de las células de mi sangre, por fin sabría de una vez por todas cuál sería mi destino...

Escuchar el diagnóstico fue como una lanza en mi pecho. Esas palabras eran difíciles de procesar y estaban llenas de una realidad que no quería aceptar. Algo dentro de mí pedía a gritos una segunda opinión, un milagro, algo que refutara lo que acababa de escuchar. Pero al mismo tiempo sentí algo inesperado: una sensación de alivio. Después de semanas de ansiedad e incertidumbre, al menos encontré un nombre para lo que me adolecía .

En medio de este caos, este y otros pequeños actos de humanidad me daban fuerza. Una sonrisa genuina en la sala, una llamada telefónica inesperada, que alguien quisiera saber cómo estaba, la dermatóloga que se interesaba por si la picazón me dejaba dormir, las cremas especiales para aliviar los síntomas incesantes, las explicaciones amables sobre mi enfermedad... Estas pequeñas demostraciones de interés genuino no curaron completamente mi piel, pero sí calmaron mi alma.

Cada día es una batalla más con las barreras administrativas de un sistema de salud que está muriendo. No existe acceso a las últimas terapias para lo que padezco, los especialistas me han formulado lo mejor que hay al alcance. Pero mi enfermedad avanza más rápido que las autorizaciones y negativas del sistema al que me enfrento cada día. Pero mientras recorro este camino lleno de obstáculos, me doy cuenta de que la verdadera curación no se trata de drogas o resultados de pruebas,

sino de cómo, aunque mi piel me castiga, todavía me ven como una persona. Además hay momentos de empatía que me recuerdan lo importante de persistir en mi tratamiento.

Es extraño afrontar una noticia tan difícil. Tú vida cambia, le das importancia a cada detalle: una taza de café, un paseo en el parque, una palabra amable, una caricia, una sonrisa... Todo cobra un significado que ni siquiera sabías que existía y se vive cada día de la vida más intensamente . Intento caminar con la cabeza en alto, a veces maquillando mi enfermedad. Pensando que todo tiene un propósito.

Mi piel me ha enseñado a vivir y disfrutar de los pequeños momentos. Esta piel en la que habito podría acabar con mi vida, pero elijo vivir cada día con esperanza. Porque al final lo que importa no es cuánto tiempo tienes, sino cómo quieres vivirlo. Y mientras pueda respirar, seguiré aceptando este extraño destino, pintaré mi cara de vivos colores y recordaré que la vida no se mide en días, sino en la profundidad con la que la atesoramos.



Inspirado en una historia de la vida real de un paciente con síndrome de Sézary.

La cajita de moño naranja

Victoria Rivelli (Paraguay)

Estaban apiladas muchas carpetas sobre el escritorio, junto con tanto polvo. Acababan de salir los albañiles, si bien quería hace mucho tiempo completar el arreglo de su despacho, ahora no sentía tanto agrado al ver todo ese desorden alrededor suyo, anheló una varita mágica que pusiera en orden todo aquello ¡con un solo movimiento!

Además, tenía trabajo que completar, siempre encargos de ultima hora, que recibía mascullando y fingiendo compartir la misma satisfacción del cliente, con una sonrisa semi cómplice.

Sintió que ese calor tan agobiante de la siesta la estaba atontando, por eso había contratado al equipo del arquitecto para poner en orden su oficina y poder instalar el aire acondicionado split mediante el arreglo de las instalaciones eléctricas de su casa, que según le habían dicho no soportaría la carga del nuevo aparato. En eso estaba pensando cuando encontró aquel abanico traído de España por un viejo amigo, mientras terminara todo aquel caos, aliviaría el calor con eso.

¿Dónde estaría la redacción de la chica nueva? El plazo de entrega expiraba en corto tiempo y debía corregirla.

Con cuidado revolvía las hojas evitando aspirar ese polvo blanco, tan fino, del cemento roto, que irritaba los ojos al instante, que se pegaba a la piel más allá de lo que se pudiera ver, como un habitante indeseado, hasta que se sorprendió al encontrar una cajita de moño naranja.

—¿Cómo vino a parar acá? se preguntó, hurgando en sus recuerdos.

Se quedó pensativa intentando traer a su memoria aquellos tiempos de infancia, los sabrosos platos que preparaba la abuela y como todo su modo siempre le había cautivado, y volvió a acariciar aquel regalo, tan primoroso como enigmático ya que en su interior solo había una pequeña tarjeta que decía “Algún día lo descubrirás”, por eso tantos años quedó arrinconada la caja y su curiosidad. La estrujó contra sí, porque de igual forma, aunque no comprendiera el mensaje, le recordaba a su abuela amada, divertida, ingeniosa, siempre dispuesta a complacerla, tanto como si fuera un hada madrina, su hada regalona.

Volvió a abrir la cajita, desarmó el moño naranja y apareció el suave cobertor rojo de terciopelo, lo abrió buscando aquellas letras y quedó absorta cuando en su lugar apareció un delicado espejo, con la inscripción: “Tu puedes lograrlo” y una varita mágica de pequeñas dimensiones, delicada, como si se pudiese romper al tocarla. Estaba estupefacta, no atinaba a tomarla entre sus manos. Era lo que estaba anhelando. Con esa frase, también corta, pero clara y animosa. Entonces la abuela sí era un hada, se dijo casi sin sorpresa, porque siempre la había sentido así, tenía la sabiduría de la vida en su andar y eso la había convencido de que el amor convierte en milagro los actos cotidianos y ahora le estaba enseñando que la dedicación convierte el esfuerzo en peldaños.

Se quedó pensativa, con las lágrimas bañando sus ojos. Solo la abuela podía saber desde la eternidad que ella necesitaba ese ánimo, ese empuje que la hiciera sentirse segura de sus pasos y dispuesta a afrontar los desafíos.

Supo, en las entrañas, donde todo se siente con certeza, que la conexión con su abuela era sobrenatural, era parte fundamental de la valía de su ser mujer y la inspiraría para siempre.



Ña coti ñepia'â ha ta'arõ. Una huella de amor, educación y profesionalismo

Teresita Penayo (Paraguay)

En el corazón de Capiibary, un pequeño pueblo paraguayo. A perdido en el tiempo vivía una mujer de 55 años de nombre Clotilde que llevaba una vida sencilla y humilde. Ña Coti, como todos la conocían, era una mujer trabajadora que se ganaba la vida como campesina, cuidando de su huerto, sus gallinas y vacas. A pesar de su vida simple Ña Coti tenía un gran corazón y una voluntad inquebrantable. Hace años había enviudado, Don Carlos había fallecido como una víctima más de la pandemia, no tenía familiares cercanos que la ayudaran.

Una mañana calurosa, mientras trabajaba en su huerto, Ña Coti tropieza y cae al suelo golpeándose la pierna derecha. Al principio no la preocupaba, sin embargo, la herida no sanaba por mucho que fuesen aplicados una gran variedad de remedios caseros.

Ña Coti sabía que necesitaba atención médica, no obstante, el pueblo más cercano se encontraba a 3 horas de distancia y no tenía dinero para pagar un médico. Se sentía afligida pero rendirse no era opción. Fue así que acudió a Ña Celé, la médica ñaná del pueblo (médica naturalista sin formación en medicina); una vieja práctica arraigada en la sociedad paraguaya muchas veces por una cuestión de fé o, lo más frecuente, por la facilidad de encontrarlos en cada pueblo. Ña Celé realiza rezos e incluso curaciones con infusiones de San Rafael, pero todo esto fue en vano ya que la herida se convirtió en una gran úlcera que se acompañaba de un dolor insoportable que le impedía trabajar.

Como cada tarde a la hora del canto del Chovy el dolor aparecía de nuevo como un fantasma en la niebla, intangible pero

omnipresente. Ña Coti estaba desesperada, se sentía aprisionada por el calor intenso de la fiebre. Recibió la visita de Susana, su comadre, que como cada fin de mes acudía para entregarle el dinero de la venta de quesos, pero se sorprendió al encontrarla postrada en la cama con paños húmedos en la frente y con un semblante crispado y adolorido.

—¿Mba'epiko ojehu ndeve comai?- exclamó en el dulce idioma guaraní (¿qué te ocurre, comadre?)

Ña Coti comentó acerca de la herida en la pierna, el dolor y la fiebre de los últimos días.

Grande fue su ilusión al oír el comentario de Susana sobre la hija de Don José que había llegado recientemente de la capital tras culminar la especialidad de dermatología.

—Magdalena ningo doctora recibida, ojapo residencia en el Hospital Nacional de Itauguá ha ojeespecializá enfermedades ko'avaichaguape. Ahenoita chupe ko'âgaite. (Magdalena ya ha culminado sus estudios, finalizó su residencia en el Hospital Nacional de Itauguá y es especialista en este tipo de enfermedades).

La doctora Magdalena acudió al retirado rancho y examinó la herida de Ña Coti explicando que necesitaba tratamiento especializado y dirigido. Le dijo que la llevaría al hospital en donde se había formado, el gran Hospital Nacional en Itauguá. Ña Coti estaba agradecida por la ayuda de la doctora y a pesar de no tener dinero en mano estaba determinada a no perder esta oportunidad.

El día siguiente recorrió todo el pueblo vendiendo cada gallina que tenía, había sido una temporada llena de huevos lo que fue muy provechoso para ella. A pesar de los pocos guaraníes que juntó estaba preocupada de necesitar más y no tener posibilidades de costear los medicamentos. Don Luis trabajaba en un matadero de San Pedro, la ciudad más cercana, así que fue a conversar con él y tras un trato importante logró negociar

una vaca en caso de necesitar más dinero del que consiguió con las gallinitas.

En el hospital, Ña Coti recibió los cuidados que necesitaba y su herida comenzó a sanar. Poco a poco, Ña Coti recuperó su fuerza y su capacidad para trabajar. Recordaba con cariño a su salvadora en cada rosario de la tarde enviándole bendiciones por su empatía y solidaridad.

En la piel rural, un lienzo de sol y trabajo, cada cicatriz cuenta una historia y habita un mundo de males invisibles. El dermatólogo es el faro que guía a quienes en la lejanía buscan alivio. Su ojo, avezado en descifrar los enigmas de la piel, se convierte en un puente entre la ciencia y el alma.

La historia de Ña Coti es un testimonio de la fuerza del espíritu humano y de la importancia de la compasión y la solidaridad. A pesar de los obstáculos que enfrentó, Ña Coti nunca perdió la esperanza y siguió luchando por su salud y bienestar.



La piel que habito

María de Lourdes Acevedo Demaría (Uruguay, residiendo en Chile)

Venimos al mundo con una piel fina, libre de máculas. Algunas oscuras, otras claras de distintas tonalidades. Todas deben cuidarse.

Durante mi infancia, mi piel me seguía en mi crecimiento: blanca, traslúcida, suave. A los 5 años comenzaron a aparecer unas pequeñas pecas, coquetas, en la zona centro facial. Teníamos una buena relación, mi piel y yo. La cuidaba dentro de mis conocimientos y ella estaba agradecida. Me acompañaba en mis andanzas, gozábamos del verano y disfrutábamos al aire libre.

Hubo momentos complejos, heridas de batalla. Juegos bruscos que la lesionaban, pero ella entendía que eran parte del crecimiento y perdonaba. En el verano, gracias a los juegos con bombitas de agua, lograba refrescarla para que no se sintiera tan acalorada. Lo pasábamos bien las dos. No se hablaba de la capa de ozono y el problema de los rayos UV. Sólo disfrutábamos de la naturaleza.

Siendo pequeña, un día amanecí sintiéndome muy mal. Me dolía todo el cuerpo y mucho la cabeza, De repente, descubrí puntos rojos en mi piel y mucha picazón. Lloré durante unas horas, pero mi madre logró calmar mi molestia.

Así pasaron los años...

Un buen día el sol me tomó como rehén. Me hizo su prisionera personal, torturándome con rayos láser invisibles.

Mi piel, a quien llamo cariñosamente Pielfina, antes feliz y despreocupada se transformó en un mapa topográfico de mis errores.

Sentía como si hubiera hecho un trato con el diablo, con una sensación de quemado que me hacía llorar como un bebé. Ampollas como pequeñas burbujas de sufrimiento, comenzaron a brotar en mi piel, intensificando mi agonía hasta límites insospechados. Traté de calmarla con Aloe Vera en toda su extensión, pero el efecto era muy nimio.

Lo peor de todo es que no era la primera vez. Año tras año me proponía cuidarme durante el verano. Pero era inútil, siempre lo olvidaba. Era joven, no me preocupaba por el futuro.

Un día mi piel y yo tuvimos una seria conversación. Ella me recriminó: ¿En serio no has aprendido nada?

Como tantas veces yo respondí: Lo siento, prometo que te cuidaré más. Pero ya era demasiado tarde, el daño ya estaba hecho.

Con los años mi piel, otrora antigua compañera de aventuras, se transformó en un campo de batalla. Las manchas, antes simples lunares, se habían convertido en un potencial enemigo. Cada arruga, cada mancha, era un capítulo escrito en la historia de mi descuido. Un recordatorio de la fragilidad de la vida.

La piel, esa envoltura que me definía, me hacía única, ahora era una extraña. Sólo quedaba en ella un mapa de mis errores.

El espejo, antes mi confidente, ahora es un testigo implacable de mi decadencia.

Debía enfrentar los hechos. De nada servía lamentarse. Comencé a ser un poco más responsable, aunque tarde, comprendí que ya no servía lamentarse si no ocuparse de la situación.

Por fin, luego de muchos años, comprendí la importancia de hacerle caso a mi piel.





Poemas



Piel morena, eterna como la tierra

Jacqueline Edith Mut Quej (México)

Piel morena,
piel que sabe al barro del artesano,
tierra donde el maíz alza su canto,
mazorca dorada en campos sin fin,
donde el Xoloitzcuintle camina en silencio
al lado del jaguar, guardián de la selva.

Piel mestiza,
de la flor de dalia que se abre en primavera,
piel de cacao amargo y dulce a la vez,
piel que resiste,
que lucha con la fuerza de un pueblo
que lleva siglos sembrando futuro,
eterna como la tierra.

Piel que guarda la sabiduría
de nopales y agaves,
de calabacitas tiernas
y del jitomate rojo como la sangre
que corre por nuestras venas.

Piel que danza bajo el cielo,
que celebra el sincretismo
del sol y la luna,
de lo ancestral y lo nuevo,
de dioses que nacen del agua y del fuego.

Piel color tierra que vio nacer a los mayas,
piel que lleva tatuada la grandeza azteca,
que camina sobre los pasos de gigantes
y descansa en la sombra de pirámides eternas.

Piel de campesino,
que acaricia la milpa y siembra sueños,
piel que lucha, que crece, que florece,
como el jaguar en la selva,
como la dalia en los campos,
como México mismo,
moreno, hermoso, eterno.

La piel que habito

Victoria Rivelli (Paraguay)

Mi piel se engalana de colores
devota de sus rituales
herencia de ancestros
de otras pieles
que hoy se funden en la mía.

Guarda en su continente
voces, risas y lágrimas
que el tiempo atesora
en su cofre permeable de ecos y nostalgias.

La piel que habito conoce
de apremios, suspiros y sueños.
El miedo, a veces,
como una corriente trémula la recorre
erizando esos bulbos diminutos
anidados en lo hondo de cada poro.

Ha sabido de dolores
se ha rasgado el velo espantada
por la malicia ajena.

Esta piel que me viste
me llena de avisos
códigos que guarda en sus interconexiones
y saltan a la vista
cuando se quebranta mi paz.

Mi piel como frontera libre
sin cerrojos ni llaves
se olvida de sus resguardos
y se llena de caricias y besos.

O se hace callejón sin salida
tranca última de mi corrida hacia el mundo
y me frena en la huida
con adiestrada sensatez.

Abrazo
esta piel que me es propia,
trae los surcos de mi herencia,
y se llenará de mis huellas
rastros sinceros de la alegría de mis días.

Siento nostalgia de mí

Carla Sodre de Carvalho (Brasil)

Siento nostalgia de mí,
con cada roce en la piel que hoy habito.
Ya no soy quien era,
y el tiempo, señor de los cambios,
me revela las manchas del sol,
viejo amigo que marca cada senda
que mis pies recorrieron.

Ya no más soy yo.

Juventud antigua, esbozada en mi ausencia cotidiana;
nueva madurez, al toque seco
de mis manos arrugadas.
Falacias de un espejo
que me confunde en un tiempo mórbido,
de un sendero largo, pero feliz.

Habito mi ser cambiante,
de colores mutables,
de veranos ardientes
y sombríos inviernos.

Al final, me he habitado a mí misma,
en este breve espacio de tiempo,
como un arcoíris que renace tras cada lluvia,
para, al fin, descansar,
gélida y pálida, en la soledad
de mi eterno silencio.

Habito en mí

Carla Sodre de Carvalho (Brasil).

Habito en mí, ya sé lo que fui.

Habito en mis manos, duras y conscientes del arduo trabajo.

La piel que me cubría como un manto de seda se ha ido
y ahora un cobertor de harapos intenta cortar el frío
que nace de mi ausencia de juventud.

Espero al tiempo.

Me hormiguea la espalda y
el rostro, que antes era un lienzo de simple sonrisa,
ahora luce manchas que cuentan secretos del tiempo.
Mis ojos, ocultos tras la flacidez de párpados caídos,
aún sueñan.

Ya no seré la misma.

Mis venas, marcadas, narran historias de épocas medidas en
la cuna de una memoria obstinada,]
que se niega a olvidar.

Habito, sí: habito la juventud que me fue arrebatada,
por los callos en los pies y las arrugas de una sonrisa
que insisten en quedarse vivas.

Co-habito con esta mujer de cabellos blancos,
no nevados, sino marcados por los años,
y mis uñas rasgan mi piel hasta sangrar.

Tomo un baño largo y caliente que me devuelve al presente,
y en la mirada oscurece lo desconocido.

Es preciso seguir.

Es preciso mirar las fotos de juventud.

Es preciso despertar a lo que queda
y beber otro café para enfrentar la realidad.

Sombra de mí misma, sombra de mi futuro.

Lanzo la mirada a la carretera,
sé que es incierta, pero una vez más me dispongo a andar.

Habito en mí y eso me basta.

Ciclos

Pablo Pera Pirotto (Uruguay)

Anoche

En un solitario bar

Decidí despojarme

De antiguas cicatrices

Y, antes de irme,

Dejé colgada

Mi vieja piel

En el respaldo de la silla.

Texturas

Marisa Ruth Themtham (Argentina)

Piel que nos resguarda
de tormentas del mundo y
cicatrices pasadas.
Pesadumbres que nos acechan
de turbaciones superficiales y profundas.
Atlas de la vida pasada, presente y futura.

Piel que entona, celebra y llora...
custodia nuestras memorias,
Y otras no tantas.
Cada poro con su manifestación
frontera entre ser y no ser.
Surcos, expresión del tiempo y sabidurías

Piel con texturas variadas,
como pigmento de etnias dispares.
Perceptiva de desasosiegos y efervescencias
que refleja nuestra alma,
como céfiro de cada mañana.

La piel que habito

Anabella Bazzano Korytnicki (Uruguay)

La piel que habitas es mucho más que una simple barrera,
es un mapa vivo, con cicatrices de guerra,
señales de batallas que no siempre pediste vivir,
son lienzos marcados con pinceladas visibles por lo que
sufriste,]
y matices invisibles que solo vos sentiste.

Cada brote, cada empuje, cada lesión, es un grito
enmascarado de tu silencio, porque tu piel grita lo que tu
boca calla.]

Tu ardor refleja tu ira contenida,
Tu picazón evoca tu mente preocupada,
Tu piel seca y sin brillo revela un alma quebrada
Tus asperezas son eco de un miedo prolongado
Tus ampollas pueden ser la máxima expresión de una culpa o
frustración pasada.]

Pero tú lo ves? Qué ves cuando te miras?
Y yo, tu dermatóloga qué veo? Busco realmente mas allá de mi
lupa?]

Tú y yo somos conscientes que no siempre estamos
preparados para ver]
No siempre queremos escuchar y la mayoría de las veces
no estamos capacitados para entender, ni tú, ni yo...

por eso ambos hacemos un pacto inconsciente y mudo de que
esta consulta se quede en lo superficial,]
en la receta rápida, en la piel que brilla o arde.
Lo profundo, lo que de verdad duele,
queda oculto, ignorado, como una sombra detrás.

Y yo, tu dermatóloga, que rol juego en esta travesía?
tengo derecho a sacar a la luz tus emociones escondidas en
esa piel herida?]

O más que un derecho es mi Deber?
Confieso haberme hecho cientos de veces esta pregunta y
tantas otras haberte fallado por sólo ver lo obvio,
sólo mirar tu piel y olvidar que la emoción detrás es un llanto
sordo]
una sombra oscura que susurra en tu alma
y arde en tu piel un veneno que gotea lento erosionando toda
tu epidermis]

Sin embargo, hay momentos que tuve el valor de cruzar el
umbral,]

De abrir esa caja de pandora
De no ver solo tu piel sino que fui capaz de ver tus luchas,
Tus noches en vela, tus llantos sin lágrimas
El vacío que ahueca tu alma

Y enfrenté valiente al gran tirano en este juego... El Tiempo
Porque en esos minutos compartidos, frágiles y fugaces,
nos enfrentamos tú y yo a la urgencia de la consulta,
a ese reloj implacable que nos pide ir al siguiente paciente,
pero en esos segundos, entre palabra y mirada,
surge la confianza, el permiso sutil para develar lo que
realmente importa.]

Es solo un instante, una fracción,

donde, yo veo más allá de tu piel,
y tú te atreves a mostrar el peso que llevas dentro.

Ese es el momento donde la medicina se vuelve humana,
cuando la ciencia y el alma se toman de la mano,
Y tu y yo entendemos que No es sólo Piel, no es sólo un
Diagnóstico]

Son dos personas cada una con sus historias, sus luces y sus
sombras pero ambas con el mismo deseo... SANAR]
Un vínculo que ninguna inteligencia artificial puede forjar,
porque en el latido compartido de dermatólogo y paciente
reside una conexión que sólo el corazón humano entiende

Después de cruzar esa barrera, sólo le pido al Dios de la
dermatología,]

El dios que todo lo ve y todo lo puede que me conceda:
Claridad para guiarte y la palabra justa para aconsejarte
La serenidad necesaria para ofrecerte mi escucha sin
juzgarte
Ni derrumbarme en el peso de tus emociones,

Valor para enfrentar el desafío y acompañarte en la batalla Y
Sabiduría para aceptar las cosas que no podre cambiar y
las respuestas que no te podré dar.

La piel que habitas no siempre es tuya,
No siempre es mia,
A veces se siente extraña, ajena, vacía
Solo anhelo que en mis manos encuentres una tregua
Una nueva razón, un nuevo amanecer
Gracias por permitirme ser parte de este camino
Y unir nuestras fuerzas para entender
Que sanar la piel es sanar el alma también.

Acostumbrarme a ti

Mariana Estefanía García Borges (México)

Quisiera decirte que me acostumbré a ti.

Juntas nos formamos, crecimos, elegimos nuestras pecas distintivas y sanamos nuestras heridas.

Yo propicié la caída, pero tú formaste la cicatriz.

Yo sentí que el corazón iba a abandonar mi pecho, pero tú te bañaste en agua y sal.

Fui yo quien compró el abrigo, pero fuiste tú quien no lo aceptó.

Quisiera decirte que me acostumbré a ti.

Enojada, me llenaste el rostro de constelaciones, incluso el cuello y la espalda. Así que me obligaste a cuidarte, me enseñaste a quererte poquito a poquito.

Los años han pasado, y ambas nos volvimos laxas, débiles y tiernas.

Pero aquí estamos: yo sin acostumbrarme a ti, y tú sigues reclamándome las horas que pasé bajo el sol.

Sin embargo, así como has sido, me has cuidado tanto que, quizás, eres tú la que no se acostumbró a mí.

Cuenta la historia

Victoria Rivelli (Paraguay)

Cuenta lo que traemos a cuestas
o lo que quedó por el camino

Cuenta la carga que llevamos sobre los hombros
o la que nos aprisiona el alma

Cuentan los abrazos que anhelamos
o los que hemos negado

Cuentan las huellas bonitas
o los pasos errados

Cuenta la piel que se rompe
el corazón contrito
y los intentos de estar bien.

Cuentan los tiempos de silencio
y las palabras ruidosas del día.

Cuentan las luces
detrás de nuestras sombras

Cuentan los mares de dudas
y las gloriosas certezas.

Cuenta la historia que traemos auestas
aunque haya que entenderla,
reacomodarla y reconciliarse.

Cuenta que somos humanidad en búsqueda
y quimera que encuentra amor y pasión.

Todo cuenta lo que somos.

El trascender del lienzo

Catalina Barros Aguilar (Chile)

En silencio, implacable quietud profunda.
Trémulo hojaldre de pesares y luces pasajeras...
Umbral del yo y el ello, mapa palpitante.
Guardiana de secretos... ¿Será que no sigues en silencio?

Mucho sabes sobre el sacrificio,
Eco del sol inmortal que se levanta, imprimes a tus anchas
su letal abrazo]
Y cuando tus escudos menguan de este imperecedero hastío
En tu seno se gesta el origen de la muerte.

Cuéntame, ¿Cómo es ser relegada a las miradas?
¿Cómo soportas ser espejo del juicio del hombre?
Veo como expresas el dolor que el corazón calla
Lo que la mente melancólica solloza.

Han querido transformarte a vanidosas voluntades:
Borrar el tiempo, ópalo y marfil.
Ellos no saben... Traspasan las barreras de tu místico sosiego.
Ya no sigues en silencio, no aceptas este fin.

“Embelléceme con tu amor” se escucha en un suspiro
“Escúlpeme como un hogar lleno de niños”
Mi verdadera yo, tu compañía
Envejecer, digo, honrar nuestro camino.